

Presidente de la República en la 66 Asamblea de la ONU

Esta nueva Asamblea de Naciones Unidas nos encuentra ante un momento histórico de indudable trascendencia, como ya lo han expresado de una u otra forma los diferentes líderes que me precedieron en esta tribuna.

Enfrentamos, sin duda, una coyuntura crítica que debe llevarnos a reflexionar con una actitud que supere la mera atención a las cuestiones del presente porque, precisamente, se trata de una etapa de cambio en la historia de la humanidad.

Tanto en el plano económico, como en el social y en el geopolítico, son muchas las evidencias que nos muestran que el mundo está cambiando, que la transición hacia algo nuevo, si bien aún difuso, ya está en marcha y que seguirá su curso, tanto si sabemos comprenderla como si no.

Es por eso que los pueblos exigen hoy liderazgos políticos que sepan dar respuesta a esta época de incertidumbre.

Nuestras sociedades demandan que seamos capaces, en primer lugar, de comprender y explicar lo que realmente está ocurriendo.

Pero también nos piden que escuchemos sus necesidades y les demos satisfacción y, sobre todo, que alcancemos un nuevo consenso internacional para dar ese salto cualitativo global necesario para tener un planeta más justo, más estable y más seguro.

Esta es, por tanto, una oportunidad para repensar la política, revisar y cambiar paradigmas que parecieron inamovibles, renovar el debate internacional y ser ambiciosos en nuestras aspiraciones como sociedad global.

Ustedes saben que nada mina más la moral y el espíritu de los pueblos que el miedo, la incertidumbre y la desconfianza.

Y ese es el mal último que padece nuestro planeta en este momento. Sufrimos de miedo, manifestado en muy diversas formas.

Millones de desempleados desmoralizados viven cada día la incertidumbre de si habrá un futuro para ellos y sus hijos.

Países enteros, ven tambalearse sus economías a causa de la desconfianza.

Cientos de miles de familias enfrentan cada día el miedo que se presenta en forma de inestabilidad política, de desastres naturales, de inseguridad ciudadana y sobre todo de pobreza.

Y todos ellos desean que sus líderes les den la inspiración para salir de ese miedo, para recuperar la autoestima y volver a creer en un futuro diferente y mejor.

Ese es nuestro gran reto histórico que debemos afrontar con responsabilidad y coraje: construir el nuevo acuerdo internacional que nos permita superar el miedo y la desconfianza para caminar de nuevo con paso firme.

No podemos, por tanto, permitir que ese miedo se traduzca también en decisiones políticas y económicas tímidas o cobardes, que nos roben la oportunidad de realizar los cambios que nuestros pueblos anhelan.

No podemos traicionar su voluntad histórica de transformación y de desarrollo. Sería, si me permiten decirlo, una necedad imperdonable dejarnos adormecer por viejos dogmas políticos y económicos y seguir repitiendo, una y otra vez, los mismos errores mientras las grandes mayorías expresan claramente, en cada calle, de cada ciudad, de cada Estado, de cada continente, su deseo de una nueva política audaz y creativa.

Señoras y señores:

Durante los últimos 30 años, mientras la economía crecía exponencialmente, también lo hacía la causa primera de muchas de nuestras desgracias, se refiero a la injusticia. La desigualdad desempeña un papel crucial en el día a día de las personas, afecta a sus posibilidades de salud, de educación y de promoción social de formas muy concretas.

Está sobradamente probado que la desigualdad tiene consecuencias desastrosas y eso lo han comprendido uno de los más grandes Empresarios, que apuestan por pagar más impuestos, conscientes de que cualquier otra posición nos deparará un futuro cruel, incluso para los propios acaudalados.

El combate a la pobreza y la desigualdad, como nos lo recordaba en la sesión inaugural de esta Asamblea la Presidenta de Brasil, Dilma Rousseff, ha demostrado ser la mejor política económica en estos tiempos difíciles.

Es hora, por tanto, de dejar de ver nuestro futuro sólo en gráficas macroeconómicas y empezar a situar el debate político en las necesidades de las personas y en la justicia social, que es donde siempre debió estar.

Cualquier otro debate será estéril y no hará sino alejarnos de nuestro verdadero objetivo, del principio que debe regir todas las políticas, que no puede ser otro que el bien común.

Señoras y señores:

La realidad inestable que vivimos, se manifiesta también en forma de conflictos que cada vez más, demandan de ese "árbitro" difuso que llamamos "Comunidad Internacional" y que está representado en esta Asamblea General mejor que en ninguna otra parte.

En este sentido, celebro que uno de los puntos centrales de este encuentro sea la búsqueda de soluciones pacíficas de los conflictos y las estrategias de prevención frente a las situaciones de inestabilidad.

Nos muestra que ese "árbitro" se fortalece y con él las posibilidades de evitar la injusticia y los abusos a los derechos humanos, donde quiera que ocurran.

En el origen de las Naciones Unidas estaba el deseo del mundo de evitar un nuevo conflicto a gran escala y ese espíritu de paz y concordia debe permanecer al frente de todas nuestras acciones, aun cuando los conflictos que enfrentamos ahora son muy diferentes de los que vivimos en el siglo XX.

Enfrentamos, en verdad, un mundo diverso y complejo en el que no hay fórmulas mágicas ni soluciones sencillas, pero sí una responsabilidad común, comprometida a encontrar nuevos caminos para la pacificación y la justicia, más allá de las fronteras nacionales.

Y esta voluntad debe hacerse patente también en la búsqueda de soluciones para el que es ya, uno de los conflictos más antiguos del planeta, me refiero al conflicto árabe-israelí.

Mi país, como saben, ha decidido reconoce recientemente el Estado Palestino, sin con ello pretender minar en absoluto la buena relación diplomática con Israel, porque consideramos que ambos pueblos tienen el derecho y también el deber de coexistir. Reconocer a Palestina como un nuevo Estado en el seno de la ONU es, a mi juicio, una manera correcta de contribuir a superar el conflicto.

Desde este convencimiento, apoyaremos todos los esfuerzos diplomáticos encaminados a la finalización pacífica de este largo desencuentro. Creemos firmemente en el diálogo como la única salida posible y actuaremos siempre de acuerdo a ese principio.

Señoras y señores:

Quiero ahora referirme al principal enemigo que enfrenta no sólo mi país y Centroamérica, sino también buena parte del continente americano. Me refiero, por supuesto, al crimen organizado y al narcotráfico.

Enfrentamos, como dijo acertadamente el Presidente Calderón tras el horrible atentado ocurrido en un Casino de Monterrey, un verdadero fenómeno de "terrorismo" que amenaza la viabilidad de nuestros países, que se cobra más vidas que muchas guerras y que hipoteca el presente y el futuro de nuestros pueblos.

Muchos de los países latinoamericanos aquí presentes nos hemos convertido, sin quererlo, en verdaderos corredores del tráfico ilegal y, con ello, en naciones cada vez más golpeadas por la violencia, con instituciones porosas a la corrupción.

Estados débiles por sus economías de escala, por su atraso y debilidad del aparato productivo, por su extendida pobreza y altos niveles de desigualdad, son amenazados por esta nueva forma del terrorismo que constituye una poderosísima red económica.

Cualquiera de los cárteles que operan en la región Mesoamericana –México y Centroamérica- controlan más dinero e influencias que nuestros países.

Somos, las verdaderas víctimas del crimen organizado. Somos los territorios y los pueblos que sufren esta violencia, los que lloran sus muertos.

Estas no son meras elucubraciones: Los estudios nos muestran que la violencia y el crimen son 100 por ciento más probables en regiones que facilitan el tráfico ilegal que en cualquier otro lugar del planeta. Y esta realidad, es la que nuestros países están sufriendo.

El Salvador y toda Centroamérica estamos haciendo un gran esfuerzo para hacer frente a esta realidad, pero las cifras no están de nuestra parte.

Hablamos de una ruta de narcotráfico que mueve unos 100,000 millones de dólares al año y que culmina en el mercado más grande del mundo y principal consumidor de estas sustancias: Estados Unidos.

Veán ustedes: son 100,000 millones de dólares que atraviesan nuestras geografías, acompañados de un verdadero arsenal de armas que los protegen.

Son 100,000 millones de dólares que corrompen funcionarios públicos y privados. Que destruyen nuestro tejido social y dejan tras de sí, un reguero diario de caos y muerte.

¿Cómo pueden entonces países como El Salvador, con un Producto Interno Bruto que ronda los 22,000 millones de dólares, o como Honduras, que tiene aproximadamente 15,000 millones o incluso Guatemala, que supera los 40,000 millones de dólares enfrentar este enemigo?. Ni siquiera un gran país como México puede por sí solo dar una batalla con posibilidades de éxito ante tamaña fuerza terrorista.

No es una mirada escéptica la que guía mis palabras, sino una visión realista, ajustada a la realidad que los pueblos centroamericanos vivimos cotidianamente.

Quiero llamar vuestra atención sobre esto: La comunidad internacional debe comprender que también padece este problema. Ninguna nación del planeta vive exenta de él. No hay ninguna nación del mundo en cuyo territorio no haya consumidores de drogas, que llegan a ellos de la mano de las redes criminales del narcotráfico.

De manera que la batalla contra el crimen organizado es una lucha de todos y, en este sentido, quisiera hacer hoy un especial y esperanzado llamado al pueblo y gobierno de los Estados Unidos, para que asuma con resolución, de modo concreto, el liderazgo de esta buena batalla contra el narcotráfico y el crimen organizado.

Considero que el gobierno de los Estados Unidos no puede sino liderar con la máxima decisión esta lucha. Me refiero a asumir este compromiso y a poner todos sus medios económicos, humanos, tecnológicos y políticos en esta batalla, que es, en realidad, la guerra más cruenta que enfrenta nuestro continente.

Señor Presidente, colegas Jefes de Estado:

La violencia generada por esta fabulosa industria de la muerte que es el narcotráfico se cobra más vidas en Mesoamérica que los conflictos que se ven en otras geografías

del planeta.

Por esta causa es que deseo llamar la atención de todos ustedes e invitarlos a volcar su mirada a esta cruenta realidad.

Se necesita de la total voluntad de nuestro gran vecino norteamericano para dar los golpes necesarios para debilitar y terminar con el fenómeno criminal que enfrentamos. Por supuesto, esto no quiere decir que nuestros países vayan a abandonar su parte de responsabilidad. Seguimos trabajando para fortalecer nuestras instituciones, para depurar los cuerpos de seguridad, para mejorar nuestra presencia en el territorio, para alejar a nuestros jóvenes de las pandillas criminales.

A nivel regional trabajamos unidos, hemos dado pasos importantes en la tarea común y, además, compartimos estrategias y tareas con México, Colombia y los Estados Unidos.

Tenemos, por supuesto, asignaturas realmente difíciles de enfrentar, algunas de las cuales ya fueron señaladas por el Presidente de México: el combate al lavado de dinero, el desarme, la prevención, la eficacia de la justicia, que pasa por depurar nuestros órganos judiciales.

Es insoslayable que el crimen organizado infiltra los órganos del Estado, en especial la Justicia y los cuerpos policiales. Y allí es preciso dar una fuerte batalla para depurar dichas instituciones.

Pero también los países consumidores y, en este caso principalmente Estados Unidos, tienen una responsabilidad moral en esta lucha que no podemos ver únicamente como un problema criminal, sino también como una cuestión de salud pública.

En efecto, mientras el consumo de drogas y estupefacientes siga creciendo el negocio del narcotráfico seguirá siendo poderoso.

En suma, apelo de nuevo al liderazgo norteamericano en esta lucha que libramos junto con México, Colombia y Centroamérica unidos.

Batallas como ésta, que se libran en todo el territorio americano, ponen de relieve una vez más la importancia de contar con una América fuerte y unida. La unidad es, en verdad, condición necesaria para lograr nuestros objetivos comunes.

Y en virtud de esta necesidad quiero hacer referencia al bloqueo a la República de Cuba.

Consideramos que este bloqueo no es sólo un anacronismo y un episodio pasado de la historia que queremos superar definitivamente. Esencialmente, un bloqueo a Cuba es un paso hacia la desunión, un escollo en el curso de la Historia que nos debilitaría como continente.

Señor Presidente, colegas:

Les hablaba al principio de mi intervención acerca del liderazgo que esperan nuestros pueblos en estos tiempos difíciles, del coraje que precisamos para afrontar retos que sobrepasan nuestras fronteras y también de la gran oportunidad que esto pone frente a nosotros.

Mostremos, pues, ese liderazgo, desde los países más pequeños, como el mío, hasta las grandes potencias. Mostremos nuestra voluntad inequívoca para conquistar la paz, la justicia social y el bienestar de los hombres y mujeres que pusieron su fe en nosotros.

En particular, en momentos en que la crisis amenaza nuevamente a nuestros pueblos, no debemos equivocarnos una vez más. Nuestros privilegiados no pueden ser, una vez más, los poderosos que provocaron la crisis, sino los débiles que siempre las padecen.

Muchas gracias a todos